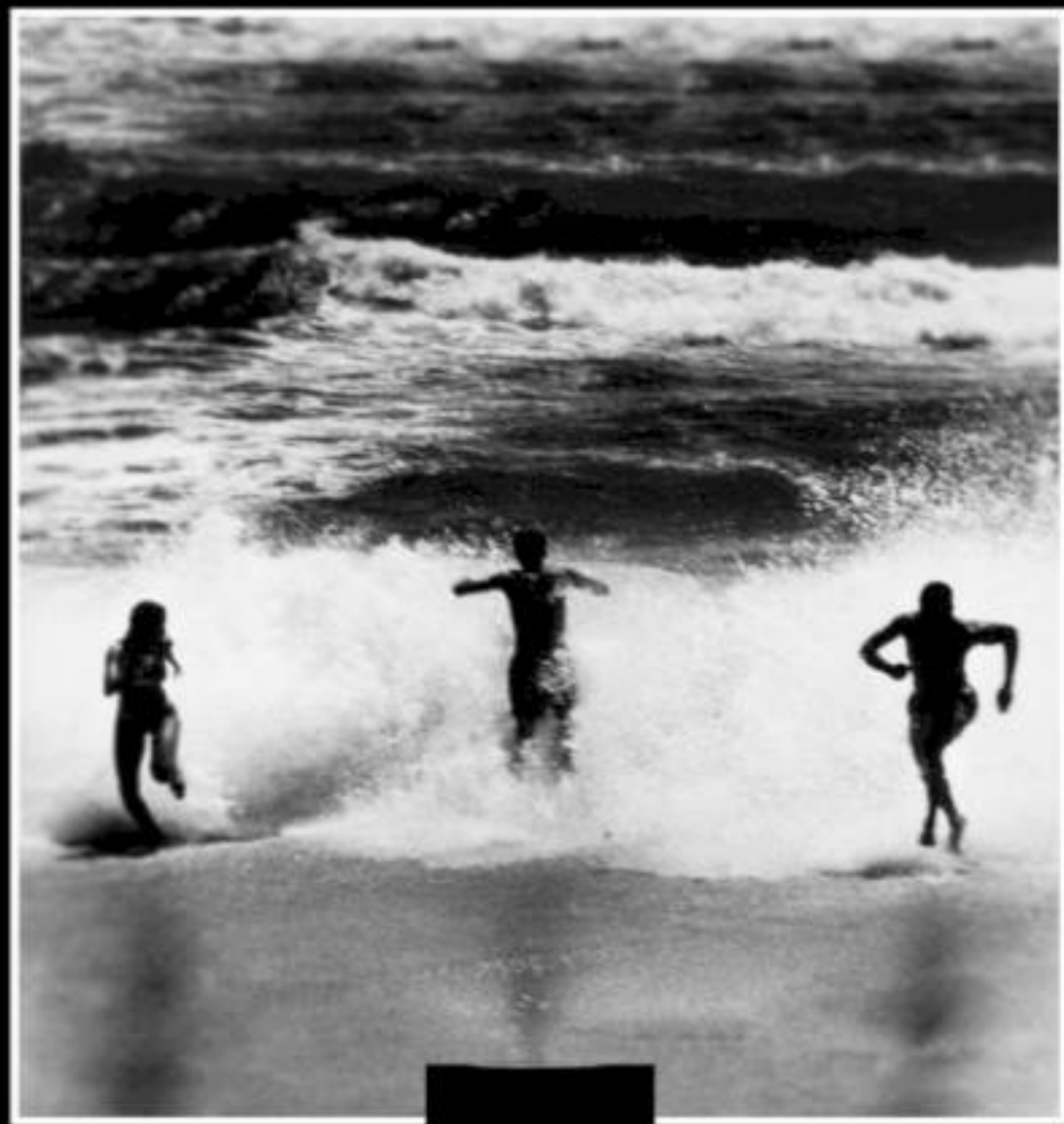


Eduardo Mendicutti
MALANDAR



Toni, Miguel y Elena se conocen y se hacen amigos desde que los tres tienen ocho años. Miguel empieza a ir con Antonio y Elena a la playa, al parque, al cine... Poco a poco, Toni y Miguel van descubriendo una especial relación entre ambos, pero también se confiesan que les gusta Elena, aunque les gusta «de otra manera». Cuando los tres han cumplido doce años, con pocas semanas de diferencia, Toni y Miguel hacen un primer viaje en barca y caminan hasta la punta de Malandar, un lugar prácticamente virgen en el que fantasean con la idea de construirse una casa. Estos viajes se van a repetir a lo largo de sesenta años, a pesar de que las vidas de Toni y Miguel sigan caminos muy dispares.

Índice de contenido

Cubierta

Malandar

Primera parte. Viaje de ida

Pureza

Las prohibiciones

Los cazadores de trenes

Prismáticos

Clases particulares

Alguien quiso rescatarnos

Pecados

El hombre de las camisas modernas

Completo

Las calenturas de Elena

Entrenamiento

Eso que salí ganando

La nieve

Segunda parte. Viajes de ida y vuelta

Kiwis

La bruma

Pirko en cuerpo y alma

Toro, torero y viceversa

El poniente

Te llamarás Demetrio

La ruta Lobón

El cercado

Cítricos Morató

«Bodyshopping»

El ministro de Defensa se parecía a mi padre

Temporada

La marea
Fruta bendecida

Tercera parte. Viaje de vuelta
Después del incendio

Sobre el autor

A Vicente,
porque nunca fue demasiado tarde

Con esta guerra que les han declarado a los vicios los
hipócritas... ¡Vicio el de estar uno vivo!

FERNANDO VALLEJO, *¡Llegaron!*

PRIMERA PARTE
Viaje de ida

Pureza

Que tuviera cuidado con las mujeres malas, con los hombres fulleros y con las comidas cochambrosas. Eso me repitió mi madre cuando ya estaba a punto de llegar el tren en el que me iba a la capital, a comerme el mundo.

Nunca había viajado en tren la noche entera. Mis padres me acompañaron a la estación y mi madre estuvo todo el tiempo lagrimeando, como las artistas de cine, y suplicándome que tuviese cuidado con las mujeres malas, los hombres fulleros y las comidas cochambrosas, aunque a veces las mujeres eran cochambrosas, los hombres malos y las comidas fulleras. Menos mal que no vio a los que iban en el departamento del vagón de segunda en el que tenía mi asiento: tres gachís minifalderas y teñidas de rubio platino que iban a Madrid a ser artistas, y dos legionarios, uno de ellos mulato, despechugados y con las braguetas como melones de lo estrecho que les quedaba el pantalón. Como el tren venía de Cádiz y pasaba por Jerez a las diez y cuarto, las gachís y los legionarios ya estaban cenando unos bocadillos de arenque que a mi madre le habrían revuelto el estómago. Cuando entré, los cinco se me quedaron mirando como si vieran de pronto al Niño Jesús, y el legionario mulato se pasó la lengua por los labios con mucho recochineo, sin quitarme la vista de encima. Yo dije:

—Que aproveche —y me refería al bocadillo, claro.

Él me preguntó que si gustaba y yo le dije que muchas gracias, que había cenado antes de salir de casa. La verdad es que había comido poquísimo de lo nervioso que estaba, y con los nervios y las prisas casi se me olvida meter en la maleta aquella foto en la que estábamos Elena, Toni y yo

en las dunas de Malandar. Se lo había prometido a Elena y Toni para no olvidarme de ellos mientras estuviera comiéndome el mundo en la capital y hasta en el extranjero, si se encartaba, que se encartaría.

Al cabo de un rato, el legionario mulato, que no paraba de mirarme mientras se pasaba la lengua por los labios, me explicó que su compañero y él acababan de llegar del moro con una semana de permiso, y que en la capital pensaban ayudar a las gachís minifalderas a triunfar en el artisteo o en lo que fuese. Me preguntó si yo también era artista. Le conté que en Madrid me esperaban unos tíos míos y que iba a estudiar periodismo, y que me habían declarado inútil total para la mili por culpa de la miopía. Él me pidió que me quitara las gafas y me dijo que tenía unos ojos preciosos, verdes, de gato. Todos estuvieron de acuerdo. Elena también me lo decía algunas veces.

Nada más terminar ellos de cenar, pasó el revisor a comprobar los billetes, y enseguida las gachís empezaron a ponerse cómodas para dormir. El mulato le pidió entonces a la gachí que se sentaba a mi lado que le cambiara el sitio, y no tardó ni un minuto en apagar la luz del departamento. Le faltó tiempo para ponerse a manosearme por todas partes.

—Venga —dijo—, vamos a quitarnos todo, que aquí hace un calor del carajo.

El otro legionario y las tres gachís se echaron a reír, y todos empezaron a desnudarse en medio de la oscuridad. Yo me quedé en pelota picada en un periquete. Y la verdad es que me lo pasé de miedo, aunque llegó el momento en que no sabía de quién eran los brazos, las manos, las piernas, los labios, las lenguas y todo lo demás. Solo sabía que una cosa era, seguro, del mulato. Con el tiempo me enteré de que esos desparrames se llaman orgías. Están bien.

Por fin la orgía se tranquilizó y me quedé estroncado en un santiamén, tan campante, como un angelito. Ni siquiera me importó que la boca me supiera mucho a arenque.

Pero de pronto, en medio de la noche, me desperté sin saber por qué. El tren estaba parado. Había una luz rara que llegaba de fuera. Me puse las gafas, me vestí, me levanté y salí al pasillo. Allí, medio vestida, estaba una de las gachís, la más jovencita, y entonces me di cuenta de que seguramente era más chica que yo. Miraba por la ventanilla, extasiada. Yo también me quedé boquiabierto. Todo el paisaje era blanco y la luna llena hacía que brillase como una inmensa duna de plata. Sin decir nada, la muchacha me pasó el brazo por la cintura y apoyó la cabeza en mi hombro, como hacía mi hermana Berta cuando se emocionaba y se sentía en la gloria. Yo no le pregunté ni ella me preguntó dónde estábamos. El mundo entero parecía recién nacido. Aquello sí que me dejó turulato. Aquello sí que me impresionó para el resto de mi vida.

Aquella fue la primera vez que vi la nieve.

Las prohibiciones

Cuando el padre de Elena nos dijo que, el jueves por la tarde, iba a llevarnos de excursión a las dunas de Malandar, enseguida le preguntamos si Toni podía venir con nosotros. Eulogio Ríos, el padre de Elena, nos contestó que por supuesto, pero entonces nosotros le pedimos que fuera él quien hablara con doña Ángela, la madre de Toni, para que le diera permiso.

Toni tampoco tenía colegio los jueves por la tarde, y eso que él no iba a las Carmelitas de la calle Calvo Sotelo, sino a la Pescadería, un colegio que estaba cerca del puerto y al que iban, sobre todo, los niños del barrio de los pescadores. Toni no vivía en el barrio de los pescadores, sino muy cerca de las Carmelitas y de donde vivíamos Elena y yo, así que a mí me parecía muy raro que su madre lo hubiera puesto en otro colegio al que tardaba en llegar andando por lo menos media hora. Una vez se lo dije a mi madre y ella me explicó que cada madre llevaba a sus hijos al colegio que podía permitirse.

Elena y yo conocimos a Toni la primera vez que fuimos al Almacén de Ultramarinos Manuel Gurrea a comprar regaliz y chicles Bazoka. Nosotros estábamos desde párvulos en las Carmelitas, siempre en el mismo curso, pero yo en la clase de los niños y ella en la de las niñas, claro. Hasta preparatorio, Antonia, la niñera de mi casa, o Rocío, la niñera de casa de Elena, o a veces las dos, nos llevaban al colegio por la mañana y nos recogían a mediodía, y nos volvían a llevar a las tres de la tarde —un contradiós, según mi madre, a esa hora todo el mundo debería estar durmiendo la siesta— y nos recogían a las seis. En preparatorio, como ya

teníamos nueve años, ya nos dejaban ir y volver del colegio solos y, un lunes por la tarde, a la salida, nos metimos en el almacén a gastarnos el duro que a Elena y a mí nos daban de paga semanal cada domingo. Allí estaba Toni, detrás del mostrador, sentado en una silla con las patas más altas de lo corriente, haciendo los deberes del colegio.

Toni era el nieto único de Manuel Gurrea, y el hijo único de doña Ángela Gurrea, así que algún día él sería el dueño del almacén de ultramarinos, un negocio que, según mi madre, bien llevado podía dejar un dineral. La primera vez que le escuché eso a mi madre le entendí, aunque no lo dijese, que doña Ángela llevaba el negocio fatal. La explicación podía estar en los disgustos de mucho calibre que la pobre mujer se había llevado en la vida. Eso me lo contó Antonia cuando yo le dije que doña Ángela, la del almacén, tenía siempre muy mala cara, como si estuviera amargada de la vida, y que a lo mejor por eso no llevaba muy bien el negocio. Antonia me dijo que a ver de dónde había sacado yo que doña Ángela llevase mal su negocio, pero que, de todos modos, motivos no le faltaban para no poder centrarse mucho en lo que tenía que centrarse. Su padre, que enviudó pronto, la había obligado a trabajar en el almacén desde muy chica y, cuando pensó que por fin podía librarse de aquella esclavitud, porque se casó con veinte años con un muchacho que era un hacha cortando el pelo y afeitando en una barbería de postín, todos sus planes e ilusiones —Antonia hablaba a veces como en los seriales de la radio— se fueron a pique porque la barbería cerró de pronto sin que los dueños le dieran a nadie muchas explicaciones. Entonces, Manuel Gurrea obligó también a su yerno a trabajar en el almacén para poder él dedicarse a cultivar sus caprichos. A lo mejor por eso el yerno terminó escapándose a Madrid, un verano, con una lagarta que tenía en la capital un negocio de costura y que había pasado unos días de asueto en La Algaída. Yo no sabía lo que era «asueto» y Antonia me aseguró que en los seriales decían muchas veces

«asuetos» en vez de decir vacaciones. Eso sí, antes de dejar a doña Ángela plantada y amargada para el resto de sus días, le había hecho un hijo que les había salido guapísimo, es justo reconocer la verdad sin racanerías.

Todo el mundo decía que Toni era un niño muy guapo. A lo mejor por eso, o porque nunca viene mal estar a buenas con la dueña de un almacén de ultramarinos por fatal que lo llevase, y que nos caía tan cerca, mi madre empezó a dejar que Toni fuese algunas veces a hacer los deberes a casa o saliera con nosotros al parque de La Victoria o al pinar de Jaramar o a la playa de El Espadero. Porque, además, Toni no tenía niñera y nunca está de más hacerle una obra de caridad a un niño, sobre todo si el niño era tan guapo, eso decía mi madre. A Elena también le parecía Toni muy guapo.

Un día ya no pude más y se lo pregunté:

—¿Más guapo que yo?

—Bueno..., otro estilo —dijo Elena, saliéndose por la tangente, como mi madre decía cada dos por tres, aunque una vez le pregunté qué eran la tangente y ella cogió un respingo en vinagre, como decía Antonia, y me dijo, ay, niño, no te pongas repipi, yo qué sé.

Doña Ángela, al principio, se resistió mucho a que Toni fuera a casa o saliera con nosotros, era como si le diese vergüenza no tener niñera. La verdad es que el primero que se lo pidió fui yo. A mí me daba un poco de coraje ver a Toni allí tan solo, cada vez que íbamos al almacén, con doña Ángela siempre con cara de estar en el purgatorio, despachando como si eso fuera una mortificación. Y, además, aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo ni bajo secreto de confesión, para que no se subiera él a la parra, a mí también me pareció Toni muy guapo en cuanto le vi, guapo en su estilo, Elena tenía razón: muy moreno, muy serio, muy tranquilo, más bajo pero más fuerte que yo, y con aquellos ojos que me parecieron muy oscuros pero que no lo eran tanto, eran también verdes, pero no como los míos,

que eran como de gato, sino de color aceituna, como dijo Antonia en cuanto los vio a la luz del día. Él enseguida dijo que sí, que quería venir con nosotros, que además los tres estudiábamos el mismo curso y podíamos hacer juntos los deberes, y le preguntó a su madre que si podía. La madre nunca dejó de poner muchas pegas, por eso Elena y yo le pedimos a Eulogio Ríos que fuera él en persona a pedirle permiso a doña Ángela para que dejase a Toni ir a Malandar.

La punta de Malandar estaba en la otra banda, al otro lado de la desembocadura. Había que atravesar el río en barca, saliendo del puerto de la lonja, y navegar todo el tiempo posible en paralelo a la playa del coto hasta atracar junto a las dunas. Eulogio Ríos, el padre de Elena, se presentó para la excursión hecho un brazo de mar —aunque, en realidad, Eulogio Ríos siempre iba hecho un brazo de mar, según Antonia—, con pantalones cortos y camisa de color caqui, todo muy planchado, un pañuelo granate amarrado al cuello, como los aventureros de las películas, un cinturón de cuero con cartucheras, como los de los cazadores, pero más fino y elegante, unas alpargatas corrientes pero como nuevas, y una máquina de fotos buenísima que había comprado en uno de sus viajes a Madrid. Para Antonia, el padre de Elena era, con diferencia, el hombre más guapo de La Algaida.

—Pobre Carmen —decía mi madre cada vez que alguien comentaba lo guapo que era Eulogio Ríos.

Carmen era la madre de Elena. Para aquella excursión a Malandar, ella se había encargado de hacer los bocadillos y comprar las gaseosas, por eso Elena, que se había puesto un vestido celeste muy gracioso encima del bañador, llevaba la bolsa de la merienda. Toni llevaba una bolsa de papel de estraza con una tartera con su propia merienda y el bañador. Yo no llevaba nada.

En el puerto de la lonja nos esperaba Salvador, el dueño de la barca *Mi Carmiti*, muy amigote de Eulogio Ríos, aun-

que Antonia decía que a don Eulogio no le pegaba nada tener un amigote como aquel y mi madre estaba completamente de acuerdo. Salvador se dedicaba a llevar a gente en *Mi Carmiti* a la otra banda, y tenía sus horarios para ir y para volver, pero con el padre de Elena hacía excepciones y estaba a su disposición a la hora que don Eulogio decidiera. Aquel jueves salimos del puerto de la lonja a las cuatro de la tarde y Salvador quedó en recogernos para la vuelta a las ocho.

Mi Carmiti era una barca grande en la que cabían hasta diez personas y tenía un motor que hacía casi tanto ruido como los helicópteros de la base de Rota que a veces volaban muy bajo por toda la desembocadura, como gaviotas verdosas y gigantes que estuvieran a punto de caer en picado sobre el agua para pescar algo y levantar enseguida el vuelo. Salvador era fuerte y calvo, parecía de Fernando Poo —según Elena, que presumía mucho de saber más geografía que nadie— de lo moreno que estaba, le daba muchos manotazos en la espalda, y a veces en el culo, a Eulogio Ríos y manejaba el timón de su barca y trasteaba de vez en cuando en su motor con mucha soltura y seguridad, como si fuera el capitán de un mercante acostumbrado a navegar por los Mares del Sur, un sitio que salía mucho en las historias de piratas. Aquel día, las aguas estaban tranquilas porque soplaba un poco de levante y había empezado a bajar la marea, y no tardamos ni media hora en llegar a la parte de la playa de la otra banda donde empezaban las dunas de Malandar. A aquella hora, con el sol dándoles todavía de lleno, las dunas parecían bizcotelas montadas unas sobre otras y con el merengue un poquito mezclado con vainilla. Eso se me ocurrió a mí solo, sin ponerme a presumir de nada.

En la punta de Malandar no había nadie. Habíamos visto a algunas personas, muy pocas, en la playa de la otra orilla, tomando el sol o jugando a la paleta, pero como la gente es muy floja prefería no andar por la arena seca hasta